

# Los tres violines de Ruven Preuk

## Svenja Leiber



«Extraordinaria escritora  
y extraordinaria  
novela: una joya.  
Estoy fascinada.»

Rosa Regàs

«Un presente implacable  
que primero asombra  
y luego adquiere una  
fuerza magnética de la  
que es imposible escapar.»

Sandra Kegel, *Frankfurter  
Allgemeine Zeitung*

Traducción  
**Richard Gross**



INCLUYE E-BOOK

# **Los tres violines de Ruven Preuk**

**Svenja Leiber**

# Los tres violines de Ruven Preuk

Svenja Leiber

Traducción de Richard Gross

**MALASO** BARCELONA MÉXICO BUENOS AIRES

La autora agradece al  
Fondo Else Heiliger  
el apoyo prestado  
durante la elaboración  
de este libro.

Para K. D.

## I. 1911-1917

Las mujeres cosechan ciruelas. Otro verano, un sol como óleo sobre lienzo y la ropa blanca extendida en el prado. Las mujeres arrancan frutos y llenan cestas. Hablan de Ruven, el hijo menor de Preuk el carretero. Desde la mañana está entre el campo y la alameda. No se mueve.

—¡Santo cielo! —dicen—. ¿Qué se puede esperar de alguien así?

Es agosto de 1911 y Ruven escucha alejado del pueblo. Atiende la cadencia que marcan la luz y los chopos: claro, oscuro, claro. En torno a él hierve la mies germana, protestante, muda de calor. Por fin descansa la avena madura y, en el silencio, un lalá, lalái ajeno, distante primero, luego más próximo. Ruven ladea la cabeza y cierra los ojos. Sus dedos se estremecen, la mano derecha sigue el compás, ese juego de luces y sombras; la izquierda va con el canto, lalá, lalái. Ahora incluso levanta los brazos, dirige una orquesta. Las mujeres apartan la vista y se enjugan el sudor de la frente. Ahí pasmado y gesticulando no irá a ninguna parte, piensan, así la cesta no se llena.

Remontan la alameda dos carromatos tirados por bestias exhaustas. Un hombre conduce el primero sosteniendo las riendas con una sola mano. Va recostado contra el toldo, como dormido. El otro lo lleva una mujer con falda y chaqueta roja; es ella quien canta. Por detrás desfila, un-dos, un-dos, una jauría de gamberros que también acechaba desde la mañana. La manda Fritz Dordel, cara de nutria y pantalón demasiado corto. Pasan con gran algarabía frente a Ruven, cual desfile de bultos

oscuros que invadiese el camino. La mujer, rabia y triunfo, entona su canto zumbón, enseña los dientes y le asesta un latigazo a Fritz, ya medio encaramado a su carro. Ni una sombra de barba, pero toca el ruedo de la falda. La mujer le propina una patada en el pecho con el pie descalzo y lo tumba de espaldas sobre la avena. El muchacho se levanta furioso y escolta los carros hasta el pueblo.

Ruven los acompaña con la mirada. Por fin han llegado. Los estaba esperando. Fritz, como siempre, quería que participase en el acecho, pero esta vez no tenía ganas. Es un día especial que sólo ocurre una vez al año. Ruven se dispone a ir tras ellos cuando por el vado, entre los matojos, aparece su padre con el carro; más vale que no lo pille cerca del Nutria. El joven se esconde detrás del chopo más cercano. El viejo Preuk no lo ve y sigue arreando al bayo sobre la blanda arena. El roce de la brida forma espuma en su piel. La carga repiquetea en la plataforma mientras el vehículo asciende por el ribazo. Nils Preuk se apea y empuja por detrás; una vez arriba vuelve a montarse sin advertir que su hijo ha subido de un salto. Sólo se vuelve cuando amaina el traqueteo y piensa que la carga se ha caído. Entonces lo ve ahí sentado, rubio como una coliflor, y lo oye decir:

—Han vuelto —visto y no visto se acomoda en el pescante junto a Nils.

—¿Quiénes?

—El músico y Sofie.

—El año pasado llegaron antes —señala Nils, y se queda un instante en silencio—. Esa Sofie, siempre de granja en granja. A todos les sorbía el seso con sus cancioncillas. Incluso a Röver. ¡Y aquellos ojos! Doble veneno —dice mirando al vacío.

Al granjero Röver se le trabó la mano en la manivela del pozo

porque estaba escuchando una canción de Sofie. Después le llevaron cuatro de sus dedos al pastor, pero éste no sabía qué hacer con ellos y se los guardó en el bolsillo de la sotana para luego olvidar el asunto. Esa tarde, oficiando un bautizo, estuvo a punto de desmayarse cuando introdujo la mano izquierda en el bolsillo y se encontró de repente con aquellos apéndices fríos. Tras unos instantes adivinó la naturaleza de lo que estaba palpando mientras con mirada transida y voz sincopada le hablaba a la madre del niño sobre el más allá luterano. Luego enterró los cuatro dedos en la tumba familiar de los Röver.

—La mujer no tiene límites —canturreaba durante el sepelio.

El aguardiente que le habían dado para reanimarlo seguía circulando sin freno por sus venas.

La carretería se halla detrás del pueblo. No es un edificio imponente, pero tampoco parece magra herencia esa casa de ladrillo con tierra de labor y un pozo en torno al cual trisca de sol a sol el chivo Atila. Por la magnitud de sus testículos se cree un rey-zuelo. Derriba todo lo que anda erguido: toma carrerilla, da un par de brincos y arremete. Luego se queda quieto mirando a su víctima con expresión boba.

—Lo voy a capar —gruñe Nils cuando ha embestido contra él.

Pero al final siempre lo absuelve; suelta en la dehesa a ese cabrón con cuernos de doble rosca y renuncia a castrarlo como si de un pacto secreto se tratase.

Desengancha el caballo y descarga el carro. El taller huele a alquitrán. Nils se rasca la barba.

—Bueno, lárgate —le dice a Ruven, que lo mira con ojos suplicantes—. Pero no te olvides de llevarle los pichones a la señora Klunkehöker.

La señora Klunkehöker es la mujer más rica de la comarca y siempre tiene hambre de paloma. Todos en el pueblo quieren venderle algo, pero ella, por oscuras razones, prefiere los pichones del joven Preuk. El muchacho es guapo, dicen.

Ruven corre a la plaza. Enseguida olvida a la señora Klunkehöker o la posterga: está viendo los dos carromatos de madera y aún recuerda cómo olía uno de ellos el año anterior. A dulce y a mujer, piensa, aunque nada entiende de esos misterios. Sólo una vez había traspasado la puerta de Sofie, ella lo atrajo con sus malas artes. Se quedó sentada, se rio, le ofreció pan con mermelada y dejó que viese una pantorrilla fugaz mientras los mozos del pueblo se agolpaban tras la ventana con Fritz Dordel encima de todos ellos. ¿Qué podría hacer con esa pierna?, se preguntó Ruven, y se puso casi tan colorado como la chaqueta de Sofie, prenda que, vista de cerca, tenía un aspecto muy deslucido.

Los carromatos permanecen a la sombra ligeramente esquinados; Joseph, el viejo violinista, ha espantado al Nutria y ha dado de comer a los ponis. Ahora se apoya en el roble, lugar que no le corresponde, fumando y contemplando la plaza. Tiene una trenza de pelo cano y pestañean sus ojos enrojecidos. Se cuenta que viene del Mar Negro o tal vez de Italia, en cualquier caso de muy lejos. A su lado está el granjero Jacobs, que representa allí al municipio y lo vigila todo con sumo rigor.

—Si no empedráis la calle pronto, me voy a América —dice Joseph, y escupe tabaco.

—Como quieras —replica Jacobs guardando el dinero del heno en un bolsillo—. Sabremos arreglárnoslas sin ti.

Lo dice con una sonrisa burlona; Joseph también tuerce el gesto y exhibe un diente de oro como si quisiera deslumbrar a Jacobs. Pero éste mira con desdén hacia los ponis y rezonga: a ver



si alguna vez les das un pienso decente, avena, por ejemplo. Tal vez planea otro negocio, quizá algo similar al oro de aquel diente, pero Joseph lo ataja con un ademán de rechazo:

—Así están bien. Y si no, Satanás tirará de los carros. Sólo tenéis que empedrar la calle, entonces podré aparejar hasta una cabra —y dobla los índices formando dos cuernos.

Una cálida mirada le ilumina de pronto la cara. Ha descubierto al muchacho, que está ahí parado, y le indica que se aproxime. Ruven sonríe tímidamente. Se acerca a acariciar los ponis y les da suaves palmadas para quitarles el polvo del pelaje.

—¿Quieres entrar? —pregunta Joseph—. Ven, no tengas miedo —añade insinuando una reverencia.

Ruven se ruboriza porque piensa que ha de ver otra vez la pantorrilla de Sofie, pero Joseph no es de éstos, el diente se lo ganó de otra manera: ablandando y moldeando a las gentes con su pericia hasta lograr que ansiaran cubrirlo de oro, o al menos eso cuenta. La llave, sujeta a una cinta, gira en el aire con un zumbido y el viejo hace señas para que Ruven vaya tras él.

El interior del carro está en penumbra.

—Cierra los ojos —dice Joseph, y toma de un estante una chistera que en realidad no lo es, pero él le da ese nombre cuando ordena a Sofie que la cepille.

—¿Qué tiene ahí? —pregunta Ruven, y aprieta los párpados, o al menos lo intenta.

—¿Qué será? —susurra Joseph antes de añadir—: ¡Abre los ojos! —Ruven no distingue bien el objeto a pesar de su fulgor rojo y dorado; Joseph lo saca del sombrero con un floreo de la mano—. ¡Un violín! —se lo coloca sobre el hombro y empieza a tocar; luego se lo tiende a Ruven—. ¡Ahora tú!

Pero Ruven no sabe hacerlo: retrocede dos pasos y avanza

otros dos; de hecho le apetece, piensa. Toma el instrumento, el arco con la derecha, y rasga una cuerda.

—Tocas como cagan las vacas—dice Jacobs, que está apoyado contra la ventana.

Ruven se vuelve bruscamente y lo fulmina con la mirada.

—¡Eh, tú! —Joseph amenaza a Jacobs con el sombrero y apremia a Ruven—: ¡Sigue tocando!

Poco a poco va saliendo una especie de chillido, menos es nada; mejor, en todo caso, que la boñiga de vaca; luego la melodía por fin se va acompasando e incluso adquiere un asomo de belleza.

—Ya lo decía yo —Joseph lo observa con cariño—. Se veía de lejos.

Después murmura:

—¡También veo los sonidos! —se arrima a Ruven—. Espíritu infernal, pregunto, ¿qué me estás haciendo? ¡Cuando toco veo azules y verdes y amarillos! Se elevan desde este violín, ¡como el humo! Y pienso: tienes una calentura, Joseph, eso nadie lo va a creer. ¡Estás delirando! —con aire pensativo se pasa la mano por el pelo hasta llegar a la trenza y mira a Ruven.

—Yo lo creo —dice éste en voz baja y, con mano temblorosa, devuelve el violín a la chistera que Joseph le pone a un palmo de la nariz.

—Muy bien —dice el músico—, y ahora *bye, bye*, vuelve mañana que hoy estoy muy cansado. Aún me aguarda la noche —abre la puerta del carromato—. ¡Lárgate ya! Y dile a tu padre que necesito una rueda nueva. La última no duró mucho.

Ruven se marcha. Corre por detrás de las granjas, pegado al campo, y se dispone a deslizarse entre los setos cuando ve a sus palomas alzar el vuelo en el tejado como si olieran el peligro.

—No os llevaré a casa de la señora Klunkenhöker —masculla—, los pichones del barón son mucho mejores para ésa, que se da tantos aires —se encamina al establo y coge su tirachinas—. Os puede esperar sentada.

En efecto, la señora Klunkenhöker siempre está esperando. Nadie sabe de dónde saca los cuartos. Quizá tenga un duende en el arca o un geniecillo cualquiera, dice la gente, porque nunca le falta dinero y compra y encarga, razón por la cual mamá Preuk le envía cinco pichones con su hijo cada dos semanas. Las monedas van derechas al cofre y, por supuesto, la madre concibe la vaga ilusión de que algún día le llegue el tálero dotado de ese poder invisible, porque entonces sólo tendrá que cerrar la tapa para que el espíritu del dinero no pueda escapar jamás.

Avanza deprisa y ya ha recorrido un buen trecho. Va cantando en voz baja «la» y «si», sonidos que ya no se puede quitar de la cabeza. Tiene que cazar las palomas del barón antes de que se duerman, cuando descansan de su eterno revuelo posadas a centenares sobre las cornisas de las casas donde viven los trabajadores de la finca. Ruven debe pasar por allí de camino a la casa de la señora Klunkenhöker. Simplemente las agarra, algo tan fácil como recoger ciruelas, y luego las entrega sin tardanza y sin palabras. Si alguna vez hay por ahí demasiados hombres que pudiesen extrañarse por la recolección de palomas señoriales, se adentra en el bosque y derriba las torcaces que anidan sobre las copas de los tilos.

—La próxima vez tráeme más de éstas —dice la desprevenida señora cuando Ruven le lleva las palomas torcaces—, las gordas de patas azules son particularmente buenas.

Luego lo contempla un rato, de arriba abajo, empezando por el pelo rubio claro y siguiendo por la cara, donde hay dos ojos casi transparentes y un lunar negro sobre la boca. Entonces la

señora Klunkehöker resopla por la nariz con un silbido y sus ojos continúan su periplo por el angosto pecho del chiquillo, el pantalón corto y las piernas, tías como palos, hasta terminar en los pies descalzos. Luego se santigua, la señora es católica, y manda a Ruven a casa. Los pájaros muertos se balancean colgados boca abajo junto a su falda.

Llegado a casa, Ruven se sienta bajo la ventana y aguza el oído para saber cómo andan las cosas. Las cosas suelen andar mal. Mamá Preuk y Gesche, su pupila, pocas veces están de acuerdo. Gesche tiene ya diecisiete años, sabe lo que quiere y, sobre todo, lo que no quiere.

—Todo el día refunfuñando. Pareces un martillo pilón, dale que dale —dice la madre—. Pon la olla y siéntate.

Se quita el delantal, alarga el cucharón a su marido y le hace a John, su hijo mayor, una tranquilizadora señal con la cabeza. Sabe el apego que le tiene a Gesche, pero ésta sigue renegando y no se sienta.

Nils Preuk deja el cucharón para levantarse tan despacio y con un aire tan conminatorio que mamá Preuk se abisma en pensamientos.

—¡Se-ño-ri-ta! —exclama Nils.

Gesche acaba sentándose, agacha la cabeza y llora. Querría acompañar a Werner, el criado, a oír la música en el pueblo, y Werner pensará ahora que ella prefiere ir con otro. La espalda de Gesche se agita con los sollozos, y se agita la trenza, pesada como una soga y tan larga que podría sentarse encima.

—No debes preocuparte de lo que piense Werner —dice mamá Preuk, y agrega un «amén».

Nils se reacomoda en silencio sobre su silla y come un plato. Luego otro.

—Werner no piensa —dice; luego pregunta—: Y el muchacho, ¿dónde anda?

Gesche, aunque aún presa del llanto, vuelve a la carga:

—Está con los músicos. Más vale que tengáis cuidado porque el día menos pensado se os va con ellos.

—¡Qué se va a ir con ellos! —Nils se levanta de nuevo y se dirige a la puerta, ahora sí un poco inquieto, en busca de Ruven.

Mamá Preuk menea la cabeza:

—Siempre te vas de la mesa como una exhalación. No puedo comer tan rápido, y mira que lo hago a matabalho. Gesche, guarda algo caliente para el muchacho y llévale comida a Werner, que está en su cuarto.

—A Werner no le llevo nada —dice Gesche recogiendo la mesa.

Greta Preuk alza la mano, pero no descarga el golpe porque su John pone una cara melancólica y porque en el fondo también quiere a Gesche, que vive desde pequeña en la carretería. Su padre, el ladrillero, cayó muerto un buen día, así, sin más. «Fue un mal de ojo —decía la gente, siempre más larga con la lengua que con la mollera—, esas miradas...», y callaban para que el silencio rematara el poder de la sentencia.

El ladrillero, era bien sabido, se había liado con la Urraca. La llamaban así no sólo por su pelo negro y los dos mechones nevados que le pendían sobre la frente. «Es una ladrona —se decía—, y tiene con su padre un... pues eso...», el resto se explicaba con los dedos.

La Urraca vivía con su padre junto al bosque. No eran de allí y se marcharon nada más ocurrir el deplorable suceso del ladrillero. Fueron sospechosos de principio a fin y por los cuatro costados. La gente hundió las manos en el lodo como el tahonero en

la masa de pan. Casi lo logran. A punto estuvieron de conseguir que así fueran olvidados algunos pecadillos cometidos por ellos mismos a lo largo y ancho de sus vidas. Cuando partió la Urraca, el pueblo entero se sentía como más limpio y más piadoso; todo habría acabado bien si la mujer del ladrillero no hubiese perdido el juicio por pensar que su marido siempre había estado primero con esa pájara y luego con ella. Inconsolable en su pena, se arrancó todo el pelo de la frente, justo donde la Urraca exponía su blancura.

—Deja ese pelo —le dijo entonces mamá Preuk—, ¿qué culpa tiene el pelo? —y la contempló con ojos inclementes, aunque por dentro su inclemencia era escasa.

Pero la desdichada siguió tirándose del pelo: ya no quería vivir y terminó por trepar al roble del pueblo, cada vez más alto, palmo a palmo, para probar el último vuelo. De modo que Gesche quedó sola y se fue con mamá Preuk. Eso fue bueno pero también un poco duro, pues mamá Preuk es ambas cosas a la vez.

—Culpa del tiempo —dice de sí misma—, el verano es bueno, pero el invierno es como es —y baja la mano porque Ruven entra entonces en la cocina y pone el dinero de la señora Klunkehöker sobre la mesa sin despegar los labios.

—Es un niño especial —Greta Preuk le susurró una noche a su Nils—. Tiene que aprender un oficio como Dios manda, me lo ha dicho el bastón.

Greta Preuk ha heredado un bastón sabio que no se deja quemar ni romper; de cuando en cuando emprende viajes secretos con él para conocer verdades como puños que de lo contrario permanecerían ocultas. Pero Nils sólo le respondió:

—Estudiará la primaria y después aprenderá a hacer ruedas con John. Y lo que piensa tu bastón me importa un bledo.

Luego se volvió hacia la pared. Su indiferencia, sin embargo, no era tal, pues al día siguiente llamó a Ruven, lo agarró por la nuca casi con dulzura y estuvo un rato paseando con él. Al verlo, Greta Preuk tocó madera y salió al jardín para respirar hondo.

—¿Vamos a ver, qué pretendes con Werner? —le pregunta ahora a Gesche—. Ése no puede bailar, ¿o acaso tú serías capaz de lavar la ropa con un solo brazo?

Lo dice en tono amable para que Gesche se calme. Es posible que Werner se haya fastidiado el brazo para siempre. Estaba borracho cuando lo metió en la fragua; la herrería apestaba a cuero, tan chamuscado le quedó. Todos pensaron que se le pondría bien, pero de eso nada; es más, rezumaba pus. Entonces mamá Preuk mandó a Gesche a buscar consuelda y milenrama; luego empezó a pasarle el bastón por el brazo entre conjuros ininteligibles, de modo que Werner casi se estremecía cuando estaba a solas con ella.

—Hoy no hay baile, así de claro—dice Nils cerca de la puerta—, y si se atreve a salir se ganará una buena tunda. Al criado lo necesitamos aquí.

—Pero la música sólo está hoy, ¡una vez al año! Y van todos —suelta Gesche, y se echa a llorar de nuevo.

—Entonces vete con John o con Ruven —dice mamá Preuk, pero se da cuenta de que eso no cuadra.

Ruven piensa lo mismo: no con Gesche. Ir sí quiero ir, y sacude la cabeza, donde un diminuto violín danza alegremente. Ya no tiene remedio, jamás saldrá de esa celda. Lo tiene tan embutido en el cráneo como la bala que el granjero Jacobs lleva incrustada en el fémur desde la batida de 1905.

—¿Acaso parezco un jabalí? —gritó ese día.

Y es verdad que no lo parece, pero se tomó tan a pecho que

lo confundiesen con un puerco montés que de su boca ya no salen más que porquerías, sobre todo cuando sopla del este y la bala del hueso le relata historias.

—Es de las que deambulan—dice el pastor cada vez que oye los juramentos de Jacobs—, hay objetos que vagan por el cuerpo cuando la boca suelta demasiadas inmundicias. Llegará hasta el corazón como atraída por un imán y entonces estirará la pata.

Ruven come en silencio.

—¿El gato te ha mordido la lengua? —le pregunta su madre.

Ruven no contesta. Un mirlo canta fuera, en el seto, y otro responde desde lo alto del tejado; en medio se oye al chivo, que está junto a la verja. Su impúdico balido azora a Gesche, que coge un plato para llevarlo al cuarto de Werner. Se diría que la noche le resulta amena pese a la falta de música y baile. Ella misma entona un compás de tres por cuatro emitiendo hermosos gorgoritos que atraviesan el crepúsculo y que todos oyen porque Werner ha dejado la ventana entornada.

Ruven sigue sin abrir la boca. Golpea el vaso con el tenedor y cierra los ojos, pero los ojos son extraños al asunto. Más bien ve los colores con los oídos. Hasta ese momento no había atisbado las nubes y figuras que los colores del sonido van plasmando ante él. Sólo cuando Joseph le habló de ello comenzó a sospechar que no es así todos los días, que también existen notas incoloras y que hay motivo para alarmarse si, nada más comenzar a cantar una moza o un mirlo, apenas el tenedor tintinea en el vaso, uno se ve envuelto por un abigarrado torbellino de pasos danzarines. Y torbellino es lo que más tarde experimenta mientras los murciélagos revolotean rozando las cabezas. Se halla con John y sus padres en la parte más retirada de la plaza donde Joseph está tocando. No menos tenso que su arco, el violinista curva la espalda



y balancea el violín como si la música estuviera obligada a desplomarse sobre el instrumento. Y Sofie va girando con tal éxtasis de tacones y caderas que los hombres se calan los sombreros para esconder sus ojos en la oscuridad. Nils Preuk se aparta.

—Me altera demasiado —dice—, luego no podré dormir.

¿Quién va a querer dormir después de esto?, piensa Ruven viendo cómo su padre se aleja. Nunca más querré dormir si a cambio aprendo a tocar el violín.

Hace fresco a la mañana siguiente cuando Ruven corre hacia la plaza. Al asomar por debajo del saúco le arrea a Atila un bastonazo entre los cuernos.

—Lárgate —le dice, y al instante se avergüenza porque Atila huye despavorido.

Desde lejos ya ve los carromatos con las puertas cerradas y las cortinas corridas. Sólo una de las chimeneas despide humo. Joseph está preparando café de bellota. Para darle una alegría se le regala torrefacto del auténtico, pero los campesinos son cicateros. En realidad lo odian porque no es de allí y echa las cartas y por arte de birlibirloque se saca de la manga el futuro de la gente. ¡Además está el espeluznante teatro de sombras! El hombre, por otro lado, tiene historias que contar, compra heno y otras hierbas y sabe hacer música, eso lo oye cualquiera. Joseph pasea la taza por debajo de su nariz y la mira con un mirar razonablemente satisfecho. Abre la cortina y ve al muchacho.

—¿Quieres café? —grita desde la puerta.

Ruven dice que no con la cabeza y se saca de la camisa una botella que contiene savia de abedul. Lleva días extrayéndola en las copas de los árboles, donde ninguna cara de nutria ve las bo-

tellas colgadas. La savia de abedul vale lo suyo, es traslúcida y muy dulce. Joseph sonríe contento. Toma la botella, la gira y asiente:

—He comprendido. Cógelo, pues —señala hacia atrás, hacia el estante donde descansa el sombrero boca arriba—. Pero no me rompas ni una sola cuerda porque te mando adonde asan las manos.

No tenía por qué decirlo. En cien años ningunas manos han tocado un violín con tanta delicadeza como lo hacen ahora las del muchacho. «¿De dónde salen esas manos? ¿Será que te ha montado una liebre? ¡Qué manitas! —exclama a veces Nils—. ¿Cómo van a agarrar un martillo? ¿O es que se las untas en secreto, madraza?» Entonces Greta se ríe, tanto que le tiemblan los senos bajo el vestido: a Nils no le falta razón, ya le gustaría a ella.

—Escucho —dice Joseph ahuecando una mano detrás de la oreja—. Adelante, que ella te va a enseñar dónde quiere tener tus dedos —se reclina acariciándose el pelo y sonríe con gesto fatigado—. Indecencias —añade—, es la edad, cosas que te cruzan la mente como las estrellas fugaces el cielo de agosto. Hasta rezando, ¡Virgen santísima!, y más aún entonces. Pero tú de eso no entiendes, o sea que toca.

Ruven trata de mover el arco sin hacer ruido; lo arrastra con sutileza imitando el sonido del viento en las botellas que mamá Preuk ha enterrado entre las hortalizas contra los topes.

—¡Menos miedo!

Usted manda, piensa Ruven, y acelera el vaivén del arco.

—Forma una media luna —dice Joseph—, siempre una media luna para que el arco no te salga volando por el hombro cuando vayas más deprisa. ¡Media luna te he dicho! —Ruven lo intenta—. ¿Cómo te llamas? —pregunta el viejo.

—Ruven.

—¿¡Ruven!?! ¿Eres el primogénito?

—El segundo.

—¿A qué viene ese nombre entonces? ¿Con qué estaría soñando tu padre? ¡Ruven sólo puede llamarse el primero! Pero ahora toca, veo que serás bueno, hijo. No tanto como yo, por ser segundón, olvídate, pero bueno al fin —mira por la ventana—. Me estoy haciendo viejo —añade—. Me digo cada día: papá Joseph, estás envejeciendo, no es otra cosa. ¿Pero crees que eso ayuda? En absoluto. Dame el pequeño, dámelo. ¿Oyes los ponis?

Ruven pregunta si puede darles pienso.

—Puedes. Y también puedes aporrear el carro de Sofie. ¡Que se levante esa gata! Vuestro burgomaestre me ha prometido un cerezo tardío. Dice que puedo vaciarlo, aunque sea en domingo. Así que mando a mi gata para que suba al árbol si aún puede.

El cerezo está en el camino, antes de la tercera curva. Ruven ha alimentado a los ponis en un pispás y sigue a ambos a poca distancia. Sofie se ha arremangado la falda y trepa al gigantesco árbol, casi da espanto, y le tira las cerezas a Joseph, que las atrapa con un canasto. Sofie se zampa algunas.

—No comas tantas —gruñe el viejo, y coge algunas de la cesta.

Escupen los cuescos a la hierba; a Ruven se le hace la boca agua viendo cuanto ve. Entonces Sofie salta del árbol. Tiene el cabello arrollado en moño sobre la nuca. Ahora suelta la cinta y lo sacude, la melena le cuelga hasta las rodillas. «La belleza de una mujer está en la longitud de su pelo», dice mamá Preuk todos los sábados mientras masajea la cabellera de Gesche con huevo y cerveza. Pero lo que fluye desde la cabeza de Sofie es más que bello. Mucho más.

—A las doce en punto estás de vuelta —dijo su padre.

Ruven oye las campanadas traídas por el viento desde el pueblo vecino, una, dos, nueve, diez, y sale corriendo. Cuando dan las doce está en el cruce, donde tiene que esquivar a Peter, el hijo de Röver, plantado ahí con el cuerpo un poco torcido. Grita a sus espaldas:

—Adiós... *bye, bye*... Y ve con tiento que vas a acabar de mala manera por andar con forasteros.

Nils Preuk aguarda en el umbral de la puerta. Vuelve la cabeza hacia el zaguán, mira el reloj (cifras azules sobre esmalte blanco) y asiente con la cabeza. Él suele llegar a toque de campana. Le viene de nacimiento, pues vio la luz en tiempos de la anexión a Prusia.

—Madre necesita agua —dice cuando tiene a Ruven jadeando frente a él.

Así que Ruven corre precipitadamente al patio sin pensar en Atila. Tras tomar una larga carrerilla, el chivo emboscado le asesta tal cornada en las corvas que el muchacho termina cuan largo es en el suelo, junto al pozo.

—¡Ésta me la pagas!

Lo dice como los viejos. Agarra su palo de aguador y administra el estacazo en una pata delantera del chivo. Su cuerpo macizo se derrumba sin el menor ruido. El animal estira la pata sana, trata de levantarse, pero cae de lado dejando los gruesos testículos colocados en una posición insólita. Sus asombrados ojos de abalorio quedan en blanco. Ruven lo mira fijamente.

—¡Levántate! —exclama, pero el chivo no reacciona.

—Y yo le dije no lo dejes ir con ese rascatripas, que te lo va a malar. ¡Pero no quiso saber nada de eso! —el granjero Jacobs, sentado con los otros en torno a la mesa grande de la taberna, junto

a la ventana, no para de sacudir la cabeza; como todos los allí reunidos, tiene el pelo dominical bastante despeinado—. ¡Que Preuk fuera capaz de perder los estribos de esa manera! Estalló como un volcán, como si algo llevara tiempo hirviendo en sus entrañas. No me lo esperaba.

—¡Qué te ibas a esperar! Lo hizo —dice Werner, que con su brazo marchito corrió a velocidad inusitada para buscar ayuda en el pueblo antes de que el carretero Preuk acabara con su hijo en un sagrado domingo.

Fueron necesarios tres hombres encabezados por el Nutria, ese bribón cuyo apego de nodriza a Ruven nadie se explica, tres hombres para separar a Preuk de su chico. Después visitaron sin dilación la taberna para reponerse del susto.

—«¡Te voy a sacar el alma de músico para siempre!», gritaba —cuenta Werner refiriéndose a Preuk, quien de pronto se abalanzó sobre su hijo como el viento del norte sobre los manzanos en flor.

—¡Y todo por un viejo chivo! Como si una cabra fuera más que un hijo.

—¡Venga, di algo!

Nils Preuk, sentado en un taburete junto a la cama de su chico, recorre la manta con sus ásperos dedos. Nunca había hecho algo así. Detrás está su mujer, en jarras y con tanto desprecio en la mirada que a Nils le daría escalofríos si por dentro no ardiese de vergüenza.

—Ahora cojo la sogá y me ahorco —dice finalmente tras un silencio sólo interrumpido por suspiros; se pone de pie.

—¡Qué demonios vas a cojer! —exclama la madre—. ¡Anda y vete a buscar al pastor!

No hacía falta. Apenas Nils sale de la habitación, Ruven abre los ojos y contempla a su madre largo rato. Luego, durante un lapso aún más prolongado, clava la vista en la pared de enfrente, como si en ella se irguiera su propio ángel, cuando allí nada se yergue: sólo hay un objeto colgado. Ruven piensa que está soñando cuando mamá Preuk, que ha seguido su mirada, lo confirma con la cabeza:

—Ha venido ese Joseph a dejártelo. «El Señor lo ha bendecido con la música, no lo estropeéis», nos ha dicho.

La madre toma el violín del clavo y lo pone sobre la manta. Ruven pellizca las cuatro cuerdas sin mirar: SOledad, REcuerdo, LAmento, MIlagro. Siente el tacto del barniz. Acaricia con los dedos la voluta y el liso mástil.

—Padre dice que puedes tomar clases con el chantre y aprender a tocar el violín si no te mueres —la madre se seca algo en la mejilla.

—¿A qué viene ahora la muerte? —pregunta Ruven en voz baja antes de quedarse otra vez dormido con una débil sonrisa.

La madre sale a preparar café para el cura porque el hombre ahora va a venir en balde. Pero que le diga a Nils cuatro cosas y le dé un santo tirón de orejas, piensa, y coge el pesado molde de los gófres y lo pone a calentar en el fogón. Acto seguido bate siete huevos, que hoy no es día para escatimar.

—Dios mío, Nils —dice más tarde el pastor; sus ojos saltones acusan perplejidad—. Si al menos hubiera sido por mandato divino, como hizo Abraham cumpliendo un precepto, o por el cordero, ¿pero por una cabra alemana? ¿Por qué te portas como un salvaje? Has de ser manso. ¿O crees que Carlomagno combatió por gusto a los bárbaros gentiles? —el pastor adopta una cara

piadosa frunciendo levemente los labios y meditando un poco sobre Carlomagno antes de untar su gofre con compota de fram-buesa, que se le escurre por todos lados.

—Ha prometido que el muchacho podrá tomar clases con el chantre tan pronto como vuelva a caminar —mamá Preuk se sienta frente al pastor; tiene las mejillas siempre enrojecidas por un sinfín de venillas.

—¿Con el chantre? Pero ése no toca el violín. Sí, en cambio, el viejo Dordel, mándalo con él. Basta para empezar. Después tendrá que estudiar en la ciudad con un maestro de verdad, si es que tiene aptitud.

—La tiene —dice Nils—, la tiene.

Tanto como la mala conciencia lo ha persuadido la chispa que vio en la mirada de Joseph cuando éste le tendía el instrumento.

—Me pongo en camino —el pastor quiere marcharse—. Hasta Navidad acudiréis cada domingo al servicio, y también llevaréis a Gesche, a Werner y a los dos chicos. Entonces el Señor, en su saciedad... —observa con gesto confuso su plato vacío—, en su gracia y su infinita...

Nils menea la cabeza:

—Claro, claro...

Una golondrina casi se estrella en la cabeza del cura cuando éste sale por la puerta.

—Va a llover —dice—, falta nos hace.

—Sí —dice mamá Preuk—. El bastón también lo ha dicho.

—No debes preguntar nada al bastón —dice el clérigo con severidad.

Pero ya los primeros goterones caen sobre el camino. Mamá Preuk le alcanza un paraguas. Sonríe con inocencia.

Hasta la casa de Uwe Dordel se tarda media hora andando. A menudo Ruven recorre el camino en compañía de Fritz el Nutria, que le pregunta esto o aquello, lo mira de forma rara por el rabillo del ojo e incluso le lleva la caja de violín que ha hecho Nils y que parece un ataúd de niño. Ruven no habla mucho, pero Fritz repite despacio lo poco que dice como si quisiera grabarlo para siempre.

Alguna vez lo lleva en su carro el granjero Röver, que hace la misma ruta aunque no se sabe muy bien por qué, pues vive en medio del pueblo. Pero en ocasiones se dirige a otra parte pulcramente peinado, y entonces Ruven toma las riendas ya que a Röver, con sus seis dedos, le cuesta gobernar el tiro. Apenas hablan, y a Ruven le parece bien porque tiene la cabeza llena de notas. La de cosas que debe aprender ahora: las tonalidades o el círculo de quintas, y todo ello sin conocimientos previos. A decir verdad, Dordel es algo tramposo y lo reconoce, «¡qué más da!, a fin de cuentas nadie lo oye», pero quiere que Ruven sepa explicárselo todo, aunque sólo sea por un cuestión de profesionalidad.

Antes de la clase, Ruven le entrega a Ils Dordel la miel que su padre recolecta junto al seto de lilas. O le da dos o tres pichones, excepcionalmente de su propio palomar, pues Uwe Dordel no es la señora Klunkenhöker con su mirada hambrienta. Por Dordel hace un sacrificio, y le duele porque conoce a cada uno de los pájaros desde que rompieron el cascarón. Agarra dos al azar, los desnuda y los mete en un saco de lino que Ils escamotea discretamente en la cocina. Luego Ruven y Uwe Dordel se retiran a la sala.

Al cabo de seis semanas ya tocan duetos. El cachorro de pastor alemán que habita en aquella casa aúlla frente a la puerta con el hocico empinado, como si él también apreciara los sonidos.



Un día, Dordel se coloca el violín entre el hombro y la barbilla, pero se detiene:

—Tú tendrías que haber sido mi hijo —dice en voz baja—. Esta casa te corresponde más que a Fritz, que es un mastuerzo.

Ruven oye el tictac del reloj y el seco aleteo de una mariposa pavón que se ha extraviado en la sala y arremete ahora contra el cristal de la ventana. La compasión por Fritz lo ahoga, pero no se atreve a decir nada porque el profesor ya se dispone a tocar.

—Pero te queda poco conmigo si sigues practicando así —añade Dordel, y se acerca al atril para ver mejor la partitura—. Pronto necesitarás otro maestro.

Uwe Dordel actuaba antes en las fiestas del pueblo, pero un día riñó con Hinrich, el herrero, porque éste atronaba con su acordeón como si sustituyera a toda una banda de viento. Dordel no aguantó más y le dijo a Hinrich que tocara más bajo, pero éste hizo oídos sordos o realmente no lo oyó bien, el caso es que prosiguió como si nada. Entonces a Dordel se le escapó la mano del arco, golpeó al herrero en el ojo y después le perforó el fuelle. El agredido montó en cólera secundado por varios granjeros que habían bebido más de la cuenta. Los contendientes quedaron al final tirados entre los restos de la decoración festiva y Dordel se juró que nunca más obsequiaría una sola nota a «esos cerdos». Así lo hizo. Se conmovió, sin embargo, cuando Preuk le preguntó si estaba dispuesto a enseñarle algunas nociones a su Ruven, máxime porque a su propio hijo el violín no le entraba en los dedos ni a la de tres por más que lo intentara. Y ahora lo de enseñar ya casi ha terminado, hecho que vuelve a conmooverlo precisamente porque la música y su hijo no llegarán a una unión tan feliz en esta vida.

Camino de casa, Ruven divisa por delante a la mujer del granjero Jacobs. Viene de la parroquia, donde cuida el huerto porque la esposa del pastor pilló el invierno anterior una pulmonía... y porque el hombre no puede cavar los bancales él mismo. A la señora Jacobs le gusta hacerlo. Nadie remueve la tierra tan devotamente como ella.

—En un huerto tan culto... —le dice a su marido con tono ambiguo y mirada un tanto ampulosa cuando regresa de su excelsa misión.

Le van los libros. Es leídilla y voluntariamente activa en todos los terrenos, por ello labra el huerto de la parroquia, y eso que el suyo no es pequeño. Además está tan impoluto que las mismas abejas pasan de largo, como si la buena señora hubiese limpiado hasta el polen de las flores.

—Tú y tu lengua inmundada —suele decirle a su marido cuando los labios de éste se pringan con mierda de vaca—, ¿nunca vas a enmendarte?

—No voy a enmendarme, ni mucho menos —replica entonces Jacobs con todas las letras—. Para que alguien se enmiende ha de haber primero propósito de enmienda. Y por mucho que pongas esa cara apostólica con tus remilgos de damisela de ciudad, estás a mil leguas de ser una santa.

La señora Jacobs se detiene y finge consultar el estado del tiempo dirigiendo la vista al firmamento que las golondrinas surcan batiendo las alas en las alturas. Quiere que Ruven le dé alcance para hacerle una pregunta. Y aunque éste camina tan despacio como se puede caminar sin pararse, al final termina a su lado.

—Mira por dónde, aquí nos encontramos —dice ella buscando una sonrisa—. Me han dicho que practicas asiduamente. ¿Conque la cosa del violín va en serio?

—Me gusta —Ruven se encoge de hombros.

La señora Jacobs lo mira con desdén.

—¡Con el simple gusto no se va a ningún lado! ¿O crees que Gesche ya es la mujer de Werner sólo porque le gusta el chico? —parece realmente indignada—. ¿Quién te crees que paga tus gustitos?

Ruven vuelve a encogerse de hombros y la señora Jacobs advierte que así no progresan. Caminan un tramo en silencio. De tanto en tanto, la mujer suelta una tosecilla y mira de nuevo al cielo. Ojalá se esfumara, piensa Ruven, y busca una frase que pueda decir, pero cuanto más persiste el silencio entre los dos, más se vacía su cabeza.

—He olvidado una cosa —dice al fin dando media vuelta, y corre hacia la granja de Dordel para guardar las apariencias.

Se desvía a la altura de una charca, se cuela por el carrizal de la ribera y se sienta. Hay humedad y calma. Pronto terminará el día. Se cimbrean los juncos. Ruven abre la caja del violín, saca el pequeño instrumento y toca lo más bajo posible pensando en el rey con orejas de burro sobre el que le ha hablado Uwe Dordel. Incapaz de mantener el secreto, a punto ya de reventar, el barbero de aquel monarca susurró a un hoyo cuanto sabía de los orejones. Del agujero brotó entonces la flauta de Pan, cuyos silbidos divulgaron la noticia por el mundo entero. Y Ruven se pregunta por qué la música nace de secretos revelados.

Está cansado y devuelve el violín a la caja. Sobre la charca ya hay bruma suspendida. Vuelve al camino.

Junto al vado se topa con Fritz, que pincha ranas con una varilla a la luz del crepúsculo. Tiene una joven cigüeña que alimentar y no ve venir a Ruven. Sólo cuando está a pocos pasos levanta la vista. La cara se le nubla.

—¿Qué pasa? —Ruven se detiene.

—Ya no somos amigos —dice Fritz.

—¿Por qué? —Ruven no se atreve a mirarlo.

Ya imagina por qué: las palabras del viejo Dordel que Fritz debió de escuchar tras la puerta. En realidad, quizá Ruven sabía o sospechaba desde hacía tiempo que algunas sendas se separan. ¿Pero de esa manera?

—Dime por qué —insiste.

—No digo nada. A ti ya nunca te diré nada —coge la lata con las ranas y se marcha; y piensa: ándate con pies de plomo, muchacho, que la próxima vez podría ensartar algo más que ranas.

La madre ha llevado bergamotas a la cocina. El aroma a sopa de pera impregna la casa; se expande hasta el taller y convoca a los hombres.

—Mientras la pera huele así, la propia nariz me demostrará que Dios existe.

—A mí me lo demuestran los oídos —dice Ruven en voz muy baja; la madre acaricia la rubia cabeza, al parecer lo ha oído—. Uwe Dordel piensa que necesito un maestro de verdad —añade elevando el tono.

Papá Nils mira la sopa como si nada se hubiese dicho. Luego se levanta, despacio, y se acerca al reloj. Sube las pesas y carraspea. Se oyen las cucharas de los demás chocando contra el fondo de los platos. Se percibe también que las mueven procurando no hacer ruido. Nils habla por fin:

—Si Uwe Dordel piensa que necesitas un maestro de verdad, yo te lo buscaré.

Lo encontró a finales de otoño. Es un viejo violinista de teatro que vive en el arrabal judío.

—¿Y cómo has dado con ése? —el granjero Röver, apoyado en el portón del taller, se frota la barbilla con el muñón de un dedo.

—Dando vueltas y revueltas; la última, como siempre, pasa por la parroquia.

Nils le tiende la mano. Lo hacen todos. Por delante la cortesía, que por detrás significa «a ti te falta algo». Röver usaba los dedos que aún poseía para muchas marranadas y la gente lo temía; encima es un galán. Quizá en opinión de algunos siga siendo una lástima que sólo se le engancharan los dedos en la manivela del pozo. Por eso siempre lo tocan donde hay una ausencia, hasta Nils lo hace, aunque ya no tiene edad para esas chiquilladas.

—¿Y cuánto quiere? —Röver esconde la mano en el bolsillo del pantalón.

—No mucho. Dice que cuando el muchacho esté adiestrado se lo llevará a tocar a la ciudad, allí siempre se saca algo.

Nils escruta a su vecino con orgullo (tal vez incluso euforia), pero lo oculta: se lo guarda por si acaso. Röver, no obstante, conoce el percal y esboza una media sonrisa. Ha calado a Preuk. Este hombre gestiona su amor propio. Ha de tener un punto flaco y ese talón de Aquiles, piensa, comparte cama con él cada noche. Posiblemente una cuestión de hombría, y eso que Röver considera a Greta Preuk completamente inocua y nunca se ha interesado por ella, pero eso no importa. Un punto flaco es un punto flaco. Röver se dirige a su granja con una grata sensación y los seis dedos alojados en el fondo de los bolsillos.